

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 60.—1.º de Setiembre de 1872.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

AL SEÑOR D. N.....

Si es V. el que yo me figuro, caballero, le saludo con afecto respetuoso y gran voluntad de que le sea ligera la vida.

Le llamo como queda dicho porque ignoro su apellido y su nombre. No es esto solo: dudo tambien si V. existe. ¿Cómo le escribo con esta duda? Estoy habituada á ella; nunca escribo yo con la jactancia y temeraria seguridad de tener quien me lea.

Todo bien considerado, me inclino á que V. debe de existir y me lo figuro del modo siguiente:

Un hombre moral, es decir, que trabaja para no ser un miembro perjudicial de la sociedad en que vive: en la clase de trabajo no me meto; V. puede elegir el que guste: probado por la desgracia, lo bastante al menos para que V. sepa dónde tiene su mano derecha; de buen sentido y de buena conciencia; sin ninguna deformidad en el alma, ó, por decirlo mas claro, amando lo justo, lo verdadero, lo bueno y lo bello, que son cuatro amores distintos y un solo amor esencial para que una persona no sea cosa. Por lo demás, puede V. tener la edad, la profesion, el estado y la clase que quiera, sin dejar de corresponder al ideal necesario, por estas razones:

Edad. Hay jóvenes decrépitos, con mas achaques en el alma, que incurables y rozagantes viejos, con espíritu recto que no ha podido encorvar el mundo, voluntad enérgica y corazón ardiente y pronto á responder

«A toda voz que para el bien le llame.»

Profesion. Es noble toda la que noblemente se ejerce; vil, la del que solo ve en ella un instrumento de llegar á un fin sin reparar en los medios.

Estado. Preferiria que hubiese V. contraido matrimonio; pero esto no es esencial, porque hay casados que hacen decir:—¿Para

qué se habrá casado este hombre?»—Y solteros que hacen esclamar:—«¡Qué lastima que no sea casado?»

Clase. No hay para mí mas que dos; una de hombres despreciables, y otra de los que merecen aprecio, y como, por lo que dejo dicho, V. ha de pertenecer á los últimos, no hay mas que decir sobre la materia.

Además de todo lo espresado, ha de ser V. rico; no quiero decir con esto que tenga V. muchos millones, ni aun siquiera muchos miles: no Señor. Yo entiendo por rico el que tiene un poco mas de lo que necesita, ó se arregla de modo de necesitar un poco menos de lo que tiene.

He menester, por añadidura, que tenga V. cierto impulso y deseo de dejar hecha alguna cosa buena y que pueda V. disponer de cierta cantidad; por ejemplo, *diez mil reales*, para desprenderse de ella mientras viva ó despues que se muera. Lo primero sería mucho mejor para que mi deseo de que V. viva largos años, no esté en pugna con el de ver realizada una buena obra; para que V. disfrutara del hermoso espectáculo de la suya; y, en fin, para que recogieran cuanto antes sus beneficios aquellos á cuyo bien se encaminen. Ya se comprende que estos motivos van enumerados en orden inverso de su importancia.

Tal me le he imaginado á V., Sr. D. N..... V. debe de existir; V. existe; es seguro, es evidente para mí. Pero ¿dónde? Eso es lo que ignoro. ¿Cómo averiguarlo? Eso es lo que dificulto, porque no soy de esos escritores que tienen la fortuna ó la desgracia de ser populares; y el que se cuente V. entre el corto número de los que me leen no es probable y lo tendré á gran fortuna. Si esta, como dicen, es inconstante, todo será posible.

Como quiera, y no siendo yo muy propensa á esperar la realizacion de cosa por mí ideada, le escribo á V. estos renglones, como esos náufragos que meten un papel en una botella y la abandonan despues á merced de las olas. Lo probable es que se estrelle contra alguna roca, ó quede sepultada entre la arena de alguna playa desierta; mas si llegare á manos de V., recójala: si antes de destaparla, tiene V. un pensamiento de simpatía y una lágrima de conmisericion para el que agarrado á una tabla trazó estas líneas, se lo agradeceré; si no, importa poco: lo esencial es que sepa para qué queria yo los diez mil reales, que V. tiene deseo de emplear bien.

Hay Academias de ciencias exactas, naturales, morales y políticas; hay Academias de la lengua, de la historia, etc. Estas corporaciones suelen plantear, segun su índole, ciertos problemas, y ofrecer y dar premios al que los resuelve mejor. Muy bien me parece

que se investiguen las verdades, y se dilucidén las cuestiones, y se pongan de manifiesto las cosas bellas, y se canten las cosas grandes. ¿Pero le parecería á V. mal que se recordaran las cosas tristes, y que una corporacion con un nombre cualquiera se ocupase *directa y exclusivamente* de estudiar los dolores humanos y de proponer los medios de mitigarlos? Sospecho que no lo tendria V. por absurdo, ni dejaría de aceptar el título de vocal de la susodicha deseada corporacion. He aquí un pensamiento para una segunda botella: pero volvamos al de la primera.

No sé si habrá V. notado (supongo que sí) que cuando llueve, los que tienen necesidad de arrostrar la lluvia y carecen de vestido impermeable ó muy difícil de calar, es decir, los pobres, se mojan y suelen secar la ropa encima, ó por no tener otra, ó por no tener fuego, ó por no tener tiempo de mudarse, ó por todas estas causas que concurren á la vez. El efecto de ello son muchas enfermedades, muchos hombres que sufren, que quedan imposibilitados por mas ó menos tiempo, que viven débiles y mueren prematuramente. Quien dice hombres, dice mujeres y niños.

¿No cree V. que valdrá la pena de pensar, y de pensar mucho, en algun medio de proporcionar á los pobres un vestido impermeable y barato con que cubrirse cuando llueve? La palma, el esparto, el junco, ciertas yerbas preparadas y tejidas, ó superpuestas de un modo conveniente, ¿no podrian dar el resultado?

A mí me parece un punto de humanidad tan interesante como cualquiera de historia, de poesía, de matemáticas ó de geología. Observe V., Sr. D. N....., que la compasion es la cosa que menos se cultiva. ¿Por qué estrañamos que dé pocos y malos frutos? Hay que *aprender á ser buenos*, es decir, hay que ejercitar las facultades que hemos recibido para serlo, y razonar el deber que se presenta como un impulso. Es preciso practicar, y practicar mucho, el respeto y el amor á los hombres, para no faltar nunca á lo que en justicia y en amor les debemos. Hay tanta justicia en la caridad y tanta caridad en la justicia, que no parece loca la esperanza de que llegue un dia bendito en que se confundan.

En prueba de la necesidad de cultivar los sentimientos humanos y de que no basta tenerlos para no faltar á ellos, podría citar á V. muchísimos ejemplos, y no puedo resistir á la tentacion de decirle uno. Hace algunos años, en una playa de nuestros mares del Norte, se bañaban varias personas, en número de siete. Eran todas de buenos sentimientos, pero tres en especial de notable bondad muy probada, y alguna de tal elevacion de ideas, severidad de principios y espíritu de sacrificio, que pudiera citarse como un modelo. La casa de ba-

ños donde habitaban todas, estaba á corta distancia de la playa, pero habia que atravesar una ria, lo cual hacian en un bote, conducido por un muchacho como de unos 15 años. Una mañana, estando en el baño, las nubes, amenazadoras hasta entonces, se desataron en lluvia, y era de ver la prisa con que todos se apresuraron á correr al bote entre risas, exclamaciones y chillidos; porque es de advertir que, además de las personas citadas, habia tres niños que hacian mucho ruido. Con las sábanas por capas, parecian á cierta distancia sombras conducidas contra su voluntad á través de la laguna Estigia. Llegados á tierra, corrieron á mudarse, recomendándose mutuamente precauciones para que la mojadura, que fué mayúscula, no tuviera consecuencias, y prodigándose cuidados solícitos y atenciones esquisitas. Mudados y bien secos, se sentaron á la mesa, comentando el caso y riendo al recuerdo de sus tristes figuras. ¿Y el pobre Senen? (Así se llamaba el remero.) Chorreando estaba su vestido delgado y raído, y caso de que tuviera otro con que sustituirle, vivia muy lejos para poder hacerlo. Por servir á aquellos señores se habia mojado, y nadie pensó en que se mudara, en que comiese alguna cosa caliente; nadie se acordó de él, en fin; recibido el servicio, se prescindió del servidor. El remero, pagado estaba con algunos reales, conforme al ajuste; pero el hombre, el hermano, que podia contraer una enfermedad por falta de cuidados, ¿no merecia alguno? ¿Se cumplia con un olvido tan completo?—La persona que atendió al pobre muchacho no era mejor que las que le descuidaron; no era ni tan buena como alguna de ellas; y si no cayó en la falta en que cayeron las demás, fué porque tenia costumbre de ocuparse un poco de los males ajenos; cierta gimnasia intelectual de las cuestiones humanitarias; práctica de no apartar los ojos del que padece; lo cual hacia que casi maquinalmente se apercibiera de cualquier sufrimiento y procurara remediarlo.

Como le he dicho á V., Sr. D. N...., podria multiplicar los ejemplos de personas buenas en alto grado, que cometen graves faltas sin apercibirse de ello, por no tener educadas sus facultades afectivas, y suficientemente ejercitados sus principios de fraternidad. Si no hay ningun ginete que se sostenga firme ni rija bien un caballo por solo aprender de memoria las reglas de la equitacion, ¿por qué hemos de figurarnos que hay un hombre verdaderamente humano, si no tiene mas que sentimientos buenos y principios humanitarios, sin aquel ejercicio que hace obrar espontáneamente, como si con madurez se hubiera reflexionado?

No es cosa de un dia, ni de un año, ni de muchos, el hacer que se *cultive* la compasion, como se cultivan las ciencias y las artes;

pero V. podría indicar una buena dirección, y aun esplanar algunos metros en ese camino que seguirá la humanidad, si, como espero y deseo, no ha de ir siempre descaminada.

Los pobres se mojan mucho cuando llueve; y aunque solemos decir que *esa gente* se acostumbra á todo, no es cierto. Los pobres llegan á la costumbre, que se llama segunda naturaleza, como los soldados á la brecha, dejando por el camino gran número de camaradas. No vemos los que caen y los declaramos invulnerables, lo cual es mucho mas fácil que proporcionarles armaduras. La fraternidad no pasa de los labios, y si penetra un poco en el entendimiento, rara vez llega al corazón y se convierte en acciones conformes á ella.

Si estudiáramos la vida íntima de los hombres, ¡quién podría adivinar sus opiniones por sus hechos! ¡Ruda tarea! ¡Primero, aprender á pensar recto; despues, aprender á practicar lo que se piensa! Y es lo peor del caso, que la humanidad no puede elevar sus teorías sino á medida y compás que mejora sus prácticas, que hace á un tiempo el viaje y el camino, y que necesita barrenar muchas rocas y llenar muchos abismos, antes de llegar á esas alturas desde donde se puede ver si la dirección va errada.

En fin, Sr. D. N...., V. es un hombre que piensa recto y obra justo; y puesto que hemos convenido en que tiene 10.000 rs. y voluntad de emplearlos bien, puede V. hacer lo siguiente:

Ofrecer los susodichos 500 duros al que presente un capote ó túnica con capucha, ó lo que parezca mejor, muy barato y propio para preservar de la lluvia.

Dar de término dos años ó mas para estudiar la cuestión.

Exigir que á la muestra del abrigo acompañe una memoria explicando sus ventajas, indicando su precio, etc. Ha de ser condición que la primera materia, además de su poco precio, sea ó pueda ser abundante, sin lo cual se encarecería tan pronto como fuera muy pedida. La memoria podría estar escrita en español, francés, portugués, italiano, inglés ó alemán.

Usted nombraría un tribunal competente, de que formaría parte, no debiendo rehusarlo por una delicadeza mal entendida. Si se resolvía dar además del premio un *accessit*, ya veríamos de arbitrar modo de procurarlo.

Ahí tiene V. el esqueleto de mi pensamiento, que á los mas parecerá extravagante, pero que será razonable para V. Lo coloco en la botella, y lo arrojo al mar. Si V. lo recoge, Dios sea loado. Si se pierde, no será el primero ni el último que traga el abismo.

Algo inconexos y no muy ordenados van estos renglones. V. me

dispensará, Sr. D. N...., haciéndose cargo de que los escribe un náufrago agarrado á una tabla.

Concepcion Arenal.

LOS SORDO-MUDOS.

He aquí otra clase bien desdichada de la sociedad, á la cual puede aplicarse en gran parte lo que hemos dicho sobre los ciegos (1), y que con justa razon es objeto especial de los desvelos de la ciencia y de las tareas de la caridad.

Tiene, sin embargo, esta desventura caracteres excepcionales en comparacion con la del ciego. Cualquiera se forma idea de los terribles efectos de la ceguera; basta cerrar los ojos durante pocos minutos, para comprender lo que es la profunda oscuridad durante toda la vida. Pero la sordo-mudez es una situacion tan extraordinaria, que no podemos á primera vista comprenderla en todos sus tristes efectos, si no fijamos en ella especial atencion.

El sordo-mudo lo es siempre de nacimiento, como que la mudéz proviene de la falta del oido, que no permite al niño percibir el habla y aprender á pronunciar palabras, por ese principio de imitacion, que es la base de todas las nociones infantiles. Algunas veces se han visto niños de 4 ó 6 años que oian y hablaban ya perfectamente, y que, habiendo perdido despues el oido por una enfermedad ó accidente, la facultad de hablar ha ido desapareciendo progresivamente, porque no estaba aún bastante arraigada para que el niño no la olvidase.

Es, por lo tanto, el sordo-mudo una criatura infelicísima, que vive y crece con toda la plenitud de las sensaciones de su corazon; con las facultades de su entendimiento íntegras, aunque aletargadas; que lo ve todo, pero comprendiendo muy poco de lo que pasa ante sus ojos. Alma prisionera en un cuerpo privado de dos de sus órganos mas importantes, carece de los medios de desarrollar sus ideas, y del manantial inmenso de goces que produce la comunicacion con sus semejantes.

Para él no hay instruccion posible por los medios ordinarios; parece destinado á vejetar como un autómeta, ó como criatura que obra solo por instintos; y esto es mas terrible en los primeros años de la existencia, en esa hermosa edad en que la sávia de la vida abre el corazon á las sensaciones mas dulces, el entendimiento á las

(1) Número 58 de esta *Revista*.

nociones mas esenciales, y en que la razon inaugura su reinado, para guiar al hombre en todos sus actos.

¡Tormento incomprendible, existencia dolorosa debe ser la de los sordo-mudos! Por eso es extraño que, mientras el ciego adquiere con facilidad cierta alegre y expansiva resignacion, el sordo-mudo es generalmente melancólico, receloso y tímido, como quien sostiene lucha constante entre lo que siente y lo que no puede expresar; entre las magnificencias que ve, y su impotencia para definir las y apreciarlas.

Menos infeliz sería si al menos esa imperfeccion de sus sentidos amenguase sus sensaciones íntimas, y si el letargo de su inteligencia se comunicase á su sensibilidad; pero no suele ser así. Sabido es que, por un fenómeno psicológico que los sábios sabrán explicar, la privacion de un sentido, produciendo cierta concentracion en el espíritu, le da mas actividad para sentir, por lo mismo que carece de uno de los medios de desahogar ese sentimiento; cual fuerza hervorosa de vapor, que aumenta su empuje explosivo si no tiene válvula abierta que lo lance al exterior.

¡Qué de consecuencias pueden nacer de un estado tan miserable! El famoso belga Mr. Rodendach, que, aunque ciego desde sus primeros años, llegó á ser un sabio y escribió obras interesantes sobre ceguera y sordo-mudez, hace la curiosa observacion de que hay pocos ciegos que se vuelvan locos ó idiotas, y que, por el contrario, es esto frecuente en los sordo-mudos.

Al venir á este mundo, nuestros sentidos están entorpecidos, y su desenvolvimiento se opera muy lentamente. Con justa razon, pues, el cariño de la madre, que es el cariño mas previsor y receloso, acecha y observa los primeros movimientos que revelen en su hijo la facultad de oír; en oyendo, está salvado; si oye, hablará.

¡Crisis tremenda que hemos pasado todos! Quizás no se la aplica toda la atencion que merece, y se descuidan las impresiones que pueden matar el tierno órgano del oído. Hay en esto una escala grande de indiferencia y de progresivos cuidados; desde el abandono con que generalmente miramos este importante ramo de la higiene de nuestros hijos, hasta el acuerdo original que en 1856 tomó el Consejo municipal de Breslau (Silesia), prohibiendo que los organillos ambulantes que van por las calles estuviesen desafinados, porque esto contribuía á viciar el oído y el instinto de la armonía.

Afortunadamente la sordo-mudez es desgracia mucho menos frecuente que la ceguera (1). Esta nos amenaza toda la vida por mil

(1) En la Estadística oficial del año 1860, que es la última que se ha

accidentes; el oído está sujeto á ellos tambien; pero la palabra, una vez adquirida, ya no se pierde, sino en caso de enfermedades muy extraordinarias.

El sordo-mudo tiene una alma como la nuestra; si pues no ha de vejetar en el embrutecimiento mas lamentable, necesita aprender y saber su origen, su destino y sus deberes con Dios, consigo mismo y con sus semejantes. Para esto es preciso que tome parte en el movimiento y animacion que le rodea, que aprenda, que conozca la razon de lo que ve, y llegue á ser, dentro de los límites que permite su imperfeccion, un sér inteligente, que forme parte del orden armónico de la sociedad.

Pero ¿cómo verificar ese prodigio? ¿Cómo hacer llegar la luz á la oscuridad impenetrable de su entendimiento? ¿Cómo despertar lo que yace en letargo profundo? ¿Cómo hablar al que no sabe lo que son palabras?

La ciencia unida á la caridad ha conseguido ese prodigio. ¡Adelanto desconocido en la antigüedad! ¡Honra de caritativos cristianos como el Abate L'Épée, y de médicos y sábios eminentes, como Meniere, Gerandó, Puybonnieux, Kramer, Bonnafont, y sobre todo Itard, que fue el primero que redujo á principios científicos la educacion del oído! ¡Loor y aplauso á la infatigable perseverancia con que esos genios plantearon sobre principios de ciencia el arte de suplir la palabra con el gesto, con la mímica y, sobre todo, con el sencillo movimiento de las manos y de los lábios!.... Si ochenta años atrás se hubiese proclamado la posibilidad de hacer entrar á un sordo-mudo en conversacion silenciosa, pero espresiva y suficiente para el comercio recíproco de las ideas, hubiera parecido una empresa insensata é irrealizable.

La empresa, sin embargo, es ya un hecho realizado. Las escuelas de sordo-mudos toman á estos infelices en el estado de ignorancia y de embrutecimiento, y los trasforman en seres que se comunican con los demás, que aprenden cuanto se les enseña, que preguntan, que responden, que espresan sus sensaciones y reciben las ajenas, todo con el movimiento ingenioso de las manos y de los lábios.

¡Qué portentosa y laudable paciencia se necesita emplear antes de conseguir ese resultado! Cuando se quiere aprender un idioma desconocido, por muy difícil que sea, tenemos el auxilio de la palabra para la esplicacion, del oído para el acento, de la gramática

publicado, aparece que habia en España 64000 ciegos y 11000 sordo-mudos.

general que todos sabemos, y de la instruccion preparatoria y necesaria que facilita las esplicaciones del profesor. Nada de esto existe en el pobre sordo-mudo. Hay que empezar por ejercitar su oido, por ver si puede sacarse de él todavía algun provecho; luego representarle las ideas mas triviales por movimientos de los lábios y de las manos, hasta formar con estas un alfabeto completo. Sabidas las letras, está ya sentada la base para todo. Con la palabra se forma la idea. Cuando el sordo-mudo sabe, por ejemplo, que tal signo es *D*, otro *i*, otro *o* y otro *s*, es fácil avanzar mas y hacerle comprensible lo que es la palabra *Dios*, y lo que representa la idea de Dios, autor supremo del mundo y de la vida.

El profesor de la escuela de sordo-mudos tiene en su mision cierta sublimidad, que el frívolo aturdimiento del mundo no sabe apreciar cual se merece. Hay en él algo de creador, porque crear es dar vida á lo que no existia ó yacia en el letargo, y bien escasa animacion tiene en verdad para la vida social el pobre sordo-mudo, cuando entra en la escuela de su clase.

Las hay en Madrid y en Barcelona, unidas á las de ciegos y en un estado muy admirable. Al forastero que viene á esta fastuosa Corte, se le enseñan nuestros teatros, nuestros museos, nuestros palacios, nuestros paseos, nuestra industria, y algun templo, aunque Madrid es mezquino en esto en que debia ser tan grandioso. Y sin embargo, no se le lleva á visitar el modesto colegio de la calle de San Mateo, que es tan digno de visitarse; no ha visto el prodigio que allí se opera, y cómo de pobres sordo-mudos y ciegos, ignorantes de todo é inútiles para todo, hacen los profesores criaturas inteligentes.

¿Habeis visto algunas veces por calles y paseos esa fila de parejas de colegiales silenciosos y sencillamente uniformados, que van al cuidado de un profesor? ¿No notais que unas parejas gesticulan entre sí con las manos, y otras van en silencio, conducido un colegial por el otro? Pues son los alumnos de la Escuela de sordo-mudos. Cada ciego lleva por compañero un sordo-mudo que le conduce de la mano; y cuando los dos son de esta última clase, es curioso ver cómo conversan entre sí por medio del movimiento rápido de las manos; cómo rien, están alegres, y gozan de las ventajas de la comunicacion con sus compañeros.

¡Ah! repitamos lo que dijimos sobre los ciegos. Cuando encontremos esos pobres jóvenes, dirijamos una mirada de compasion á ellos, un tributo de aprecio y de consideracion á sus caritativos é infatigables director y profesores, y una esplosion de inmensa gratitud á Dios. Nosotros, nuestros hijos y nuestras personas mas queridas,

vemos, oímos y hablamos. ¡Beneficio grande, que solo se aprecia bien contemplando á los infelices alumnos de la Escuela de San Mateo!

Cuando es posible tanta desventura, pobres y ricos que nos vemos libres de ella debemos comprender lo que vale el no tenerla, y sacar de esa comparacion consuelo para otras penas y resignacion para soportarlas; que fuera osada pretension la de querer vivir sin pena alguna en este valle de lágrimas y dolores.

Antonio Guerola.

LA COLONIA.

Por E. Souvestre. Traducido por Doña P. T. y M.

(Conclusion.)

Esta inesperada fortuna volvió la esperanza á Jorge, que se dejó curar por mistres Koppel mientras que William preparaba la comida.

Pero la herida era mas grave de lo que Ritler habia creído al principio, por lo que tuvo que permanecer en el *ajoupa* muchos dias en un reposo forzado. Como estaba acostumbrado á pasar la vida al aire libre y á todas las distracciones de una actividad laboriosa, se vió muy pronto acometido de un sombrío aburrimiento. Entonces fue cuando mistres Koppel le fue útil por su amable conversacion, sus asíduos cuidados, y sobre todo por su ejemplo. Le acostumbró á la paciencia; le enseñó las mil pequeñas compensaciones que el hábito de la enfermedad hace descubrir en el sufrimiento mismo; le inició con dulzura en mil alegrías íntimas que le eran desconocidas. Aquella alma grosera se desprendia insensiblemente de su ruda envoltura, se volvia mas simpática y mas inteligente; penetraba en circulos sucesivos de emociones y placeres, cuya existencia, ni siquiera habia sospechado hasta entonces. Ya no se encogía de hombros cuando la enferma recitaba una oracion; lejos de eso, amaba aquella dulce y débil voz, que le traia como una reminiscencia de la de su madre. Escuchando las plegarias que mistres Koppel repetia cada mañana y cada noche, se acordaba de las que en su infancia le habian enseñado; y así, atraído á sencillos recuerdos, olvidados por espacio de mucho tiempo, empezó á hablar de sus primeros años pasados en las altas montañas de Escocia, de sus ilusiones de entonces, de sus alegrías. Sin darse cuenta de ello el hombre endurecido se convertia otra vez en niño, y recordando

las puras impresiones de sus primeros años, empezaba de nuevo á comprenderlas y amarlas.

Su herida iba mejor, pero la llaga, mal cerrada, no le permitia aún en mucho tiempo ir á pescar. Un dia que deploraba esta impotencia, quejándose un poco agriamente de la torpeza de sus compañeros, Trot declaró que estaba pronto á reemplazarle.

—¡Tú! exclamó Ritler; ¡por el cielo! si se tratara de escamotear cocos ó de andar de cabeza, podria creerte; pero ¿qué has hecho desde nuestra llegada aquí, mas que coger de los nidos algunos huevos y perder tu tiempo con ese estúpido volátil?

—¡John! replicó William, tan cierto como que somos cristianos, él va á convertirse en el mejor proveedor de la colonia.

—¿Tu pájaro?

—Mi pájaro, señor Ritler: hasta ahora nos hemos visto obligados á hacerlo todo nosotros mismos; yo he querido tener un servidor y no creo haber tardado demasiado en educarlo.

—¿Y qué sabe hacer tu discípulo?

—Sin ofenderos, señor Jorge, pesca tres veces mejor que vos, y esto sin caña ni redes.

—¡Tú te burlas!

—Podeis venir á la orilla del mar y juzgarlo vos mismo.

Los cuatro asociados se trasladaron, en efecto, al mar, donde *John* comenzó sus ejercicios bajo la direccion de William. En menos de una hora, el pájaro habia llenado de pescado la cesta que traia su amo y este se mostró mas orgulloso que si él mismo lo hubiera cogido.

—Ya veis, señor Ritler, que no he perdido el tiempo, dijo con una benévola gravedad, solo que lo he empleado de distinta manera que vos; cada uno toma la vida como puede y por el lado que la encuentra asidera, porque es preciso emplearnos segun nuestra inclinacion.

Este último ejemplo impresionó en extremo al antiguo contrabandista, no porque fuese de mas fuerza que los otros, sino porque venia despues de ellos. Comenzó á comprender que ninguna facultad debe desdeñarse, pues todas pueden encontrar su lugar en la asociacion humana. Habia despreciado la debilidad de *mistres Koppel*, y le habia debido primero la vida lo mismo que sus compañeros, y despues el consuelo en sus dias de sufrimiento y de tristeza. Habia acusado la ciencia de *Tarling*, y gracias á él tenian todos la abundancia para el presente y la seguridad para el porvenir. En fin, habia culpado los gustos pueriles de William, y estos gustos acababan de proporcionarles un servidor tan precioso como inesperado.

Al apercibirse de esta armónica utilidad de todo lo que hasta entonces le habia parecido inútil, empezó á admirar al Creador, y al acercar á Él su pensamiento, llenó su corazon un fuego dulcísimo; pensó que sus compañeros habian hecho una buena obra conservando consigo á mistres Koppel, que él mismo la habia hecho manteniendo á todos una larga temporada, y comprendió la caridad, comprendió los inmensos goces que proporciona el practicarla, y hasta vió la recompensa material de la buena obra en lo que le habia sucedido.

Estas lecciones sucesivas le curaron de su egoismo y de su orgullo. Comprendiendo que las facultades que habia recibido, por estar mas visibles no eran mejores, y que todos los hombres de buena voluntad pueden concurrir igualmente á la obra comun, volvió á ejercer sus funciones con tan ardiente celo como anteriormente, pero con mas humildad.

A medida que los beneficios de la asociacion se desenvolvian entre los cuatro miembros de la pequeña colonia, se eran mas necesarios entre sí y llegaban á completarse unos con otros. Jorge era la fuerza y el valor de aquella sociedad; Arturo Tarling, la ciencia; William Trot, la alegría; en cuanto á la enferma, era su encanto y el lazo de union: representaba todos los instintos dulces, todas las necesidades del corazon, todas las íntimas aspiraciones; ella era la que oraba, la que cantaba, la que hablaba á cada náufrago de su madre, la que alimentaba en ellos la emulacion del sacrificio; era á la vez, en esta sociedad en miniatura, el sacerdote, la muger y el poeta; todos hallaban en ella una especie de juez moral y de segunda conciencia. Si mistres Koppel estaba contenta, habian obrado bien; si estaba triste, habian sido injustos. Parecia la ley viva de los que habia mejorado con su piedad y á los que contenia por el cariño.

Tres años trascurrieron así: la pequeña isla se habia convertido insensiblemente para todos en una nueva patria. Apenas de vez en cuando volvian sus recuerdos al mundo, de que habian sido separados tan bruscamente.

Pero una mañana que Ritler subia la colina para bajar al arroyo, vió de repente un buque anclado á algunos cables de distancia y cuya chalupa acababa de abordar la isla. Apenas tuvo tiempo de lanzar un grito; los marineros americanos le habian visto y venian hácia él con exclamaciones de sorpresa.

Los condujo al *ajoupa*, donde Tarling contó detalladamente su historia al capitan yankee, que los hizo embarcar en el acto y se dió á la vela. Al fin, despues de una feliz travesía llegaron á Boston, que era precisamente el fin de su interrumpido viaje.

Vueltos á entrar en esta sociedad, de la que se habian creido separados para siempre, volvian á contraer todas las obligaciones y debian marchar por la senda que cada uno tenia abierta ante sí. Su asociacion de la isla de Bergh no habia sido mas que un campamento de tres años en el desierto; pero unian á estas cuatro almas demasiados lazos de reconocimiento y de ternura, para que pudieran separarse sin lágrimas. Permanecieron largo tiempo abrazados los cuatro y lloraron mucho. Al fin Tarling reunió las manos de sus compañeros en las suyas y estrechándolas con un último esfuerzo,

—¡Adios, amigos! dijo, marchemos donde la suerte nos lleva; pero en todas las circunstancias de nuestra vida pensemos en la terrible y consoladora leccion que el cielo nos ha dado; no olvidemos nunca que las mas humildes actividades tienen su utilidad, que siempre hay lugar en el mundo para los hombres de buen deseo, y sobre todo que la caridad es un capital que jamás deja de producir pingües réditos.

LA CARIDAD EN LA GUERRA.

La guerra civil va terminando. La Asociacion de socorro á los heridos tiene ya, por lo tanto, escaso objeto para sus tareas activas en el campo de batalla.

No abandona, sin embargo, todavía á los que aún pueden necesitar de sus auxilios. La Comision de Pamplona ha publicado en el *Boletin oficial* de aquella provincia un anuncio, avisando que los heridos pobres que tengan precision de ir á baños termales, pueden acudir á dicha Comision, la cual les suministrará lo necesario para el viaje y manutencion.

Nunca será bastante ensalzado el celo caritativo que ha desplegado la Asociacion de socorro á los heridos, y especialmente la seccion navarra de la misma. Pero en ese celo hay algo mas trascendental que lo que se ve en el exterior.

La Asociacion hace un gran bien recogiendo heridos en el campo de batalla, que salva muchas veces de una muerte segura, suavizando así la crueldad de la guerra. Desde la inhumanidad de la época de las represalias que presenciarnos en la guerra civil de 1834 y 35, hasta la humanidad de la última lucha, en que se asistia á los heridos enemigos lo mismo que á los amigos, media un progreso de civilizacion y de fraternidad, que hace honor á los españoles.

Sin embargo, hay todavía en las tareas de los hermanos de la Cruz roja un resultado práctico, que puede producir, bajo otro orden de ideas, resultados también muy satisfactorios.

En todas las guerras, y especialmente en las civiles, se desea y se procura que sus horrores queden limitados á lo mas inevitable y no se agraven con el encono individual de hombre á hombre, que hace mas sangrienta la lucha y va poco á poco matando la compasion en los corazones.

A esta humanitaria tendencia responde esa inviolabilidad del prisionero desarmado, ese respeto al vencido y esa consideracion al valor enemigo y desgraciado, que figuran entre las bases principales del honor militar en todo pais civilizado.

Pues bien; la Asociacion de la Cruz roja avanza mas en esa tendencia. Socorre indistintamente á heridos de los dos bandos combatientes; los asiste en un mismo hospital de sangre; y los que pocos momentos antes se hallaban frente á frente para matar ó morir, se ven luego confundidos y mezclados para recibir los auxilios de la caridad.

Este contraste, esta fraternidad de herido á herido, no puede menos de suavizar odios y prevenciones injustas de nacion á nacion y de partido á partido. La guerra da el grito fatídico de *esterminio*, y para realizarlo perfecciona las armas á fin de que sean mas destructoras. La Asociacion responde á ese grito con el de *socorro y fraternidad*; y para que sea eficaz, se reviste de una abnegacion heróica, que ni repara en peligros ni distingue de combatientes.

Otro efecto de la Asociacion es lo mucho que generaliza los sentimientos compasivos. Hasta ahora solo estaba encomendado el socorro en el campo de batalla al médico militar, al capellan de regimiento y á la hermana de la Caridad, tres clases apreciables y apreciadas por su respectiva profesion ó instituto, y por lo bien que lo desempeñan. Hoy la Cruz roja atrae á personas de ambos sexos y de todas las condiciones sociales. Mientras en las ciudades las señoras organizan cuestaciones, confeccionan ropas, hacen hilas y presentan botiquines y surtidos de socorro con la esplendidez con que lo ha hecho en Madrid la Junta presidida por la Duquesa de Medinaceli, en los pueblos el rico y el pobre, el eclesiástico y el seglar, el joven y el viejo, se inscriben en esa Asociacion de paz, para atenuar los horrores de la guerra. Y cuando hay que enviar al teatro de esta una ambulancia, no la forman gentes asalariadas, sino personas de buena posicion, que abandonan sus comodidades por dedicarse á salvar y recoger heridos, quizás con peligro de serlo también.

De desear es que no vuelvan á ser necesarias tan laudables ta-

reas en España, por que se turbe de nuevo la paz de los campos y de los pueblos; pero si tal desgracia sucediese, ya sabemos, con gran consuelo, que al lado de los que hieren y matan por la ley terrible de la guerra, habrá siempre quienes socorran y curen por la tierna y santa ley de la caridad.

Antonio Guerola.

PAN Y PAZ.

Hay muchos que se desviven por averiguar quién es feliz en este mundo. En tiempos de un sábio muy grande, hace catorce siglos, habian dado ya los sábios mas antiguos que él doscientas cincuenta y ocho definiciones de la felicidad. Poco felices debian ser, en verdad, los que buscaban la felicidad con tantas palabras.

Yo la voy á buscar para mis lectores con solo dos: *pan* y *paz*.

Pero es necesario explicar qué es *pan* y qué es *paz*. Aunque parezca extraño esto de explicar qué es pan, cuando en término vulgar se dice que el lenguaje de las cosas está claro cuando se llama al pan, pan, y al vino, vino, la verdad es que se necesita la explicacion.

Por pan entendemos el alimento necesario para nuestra persona y la familia de nuestra casa. Ese pan no llueve por ensalmo de las alturas, ni, como quisieran los perezosos, viene á caer encima de la boca de los que se tienden en continua holganza. Dios ha dado al hombre dos sencillas enseñanzas. La una dice: «Con el sudor de tu frente ganarás el pan que comas,» lo cual esplica lo que por experiencia todos sabemos, lo que dice aquel refran vulgar: «El que no trabaja no come.» Resulta de todo esto que el trabajo es ley que obliga á todos los hombres, y que sin él no se puede tener seguro el pan necesario. El que tiene pan sin haber trabajado, es porque otros trabajaron para dejárselo en herencia. Y si él no trabaja para conservarlo, concluye al fin por perderlo y venir á la miseria.

La otra enseñanza que nos ha dado Dios, dice que pidamos «el pan de cada dia;» esto es, que no seamos codiciosos y avarientos, que no nos inquietemos y hagamos infelices por el ánsia y la comezon de atesorar recursos para el porvenir, cuando tenemos los necesarios para el tiempo presente; porque claro es que entonces no seríamos felices aunque tuviésemos pan, pues siempre viviríamos angustiados, creyendo que nos habia de faltar para mas tarde.

¿Y la paz? ¿Necesitará de explicacion tambien?..... Tambien necesita.

No es paz comer, dormir y estar sentado. No es paz pasearse, hacer visitas, murmurar, concurrir á diversiones. La paz es tener *salud en el cuerpo* y *salud en el alma*, esto es, hallarse libre de enfermedades en los miembros, y de esas otras enfermedades que se llaman *pasiones* en el espíritu. El cuerpo que está angustiado por los dolores ó por la fiebre, no deja de ordinario gozar de la felicidad. Solamente algunos hombres heróicos en la virtud sacan su felicidad de entre los mismos sufrimientos, por la contemplacion de Dios y la resignacion con su voluntad. Los que hagan esto son los mas sábios,

aunque se llamen ignorantes y pequeñuelos; porque siendo seguros en esta vida los dolores y las enfermedades, tienen siempre en su mano el remedio para ellos.

Las pasiones y las contrariedades de los malos negocios y del trato con los hombres, tambien nos quitan á menudo la felicidad. El que se deja llevar de un vehemente deseo que no puede satisfacer, el que se entrega al desenfreno de las pasiones del odio, de la venganza, de la envidia, de la sensualidad, de la vanidad, de la codicia, no puede ser feliz, porque sufre tormentos en su espíritu, y la paz, que es la felicidad, consiste en no sufrirlos. El que emprende con ardor negocios creyendo que todos le han de salir bien, y luego le salen mal, tampoco es feliz, porque sufre igualmente en su espíritu. El que espera hallar á todos los hombres honrados y buenos, y además amigos suyos, y luego se encuentra chasqueado una vez, y dos veces, y muchas veces, tampoco es feliz, porque tambien sufre amarguras en cada desengaño. Pero esta es la vida en el mundo, y será difícil que nadie la pueda cambiar. De seguro podemos afirmar que si se cambia ó se mejora en lo posible, será porque los hombres procuremos conocer y cumplir cada vez mejor la ley de Dios, y no porque unos hombres se empeñen en hacer violentamente que otros piensen como ellos y hagan lo que ellos quieran. Y cuantos mas haya que no quieran nunca sino lo que es razon y ley de Dios, menos desengaños habrá en el mundo, menos malos negocios, menos falsos amigos, menos delitos y crímenes que vengan á dañarnos á unos ó á otros, y á quitarnos la *paz*.

Si lo dicho se pone en pocas palabras, tendremos lo siguiente:

Que los que buscan la felicidad por largos caminos y por cosas raras, van mal.

Que el dar muchas definiciones de la felicidad, aunque sean las 258 de los sabios antiguos y otras tantas de los modernos, no enseña á conocerla mejor.

Que hay una definicion que todos entendemos: ser feliz es no sufrir; y no sufre el que tiene *pan* y *paz*.

Si teniendo dolores y privaciones, como alguna vez los tenemos todos, nos esforzamos para sufrirlos con resignacion, seremos menos infelices; porque la desesperacion es el mayor tormento, y por consiguiente la mayor infelicidad.

Así es que depende mucho de nosotros nuestra felicidad, no toda, pero sí una gran parte de ella. Para tener *pan*, sirve el trabajo y la economía. Para tener *paz*, sirve el decir: ¡fuera envidia! ¡fuera vicios! ¡fuera ardientes pasiones! Estudiar la ley de Dios, que no es difícil: cuando se quiere comprender, y resignarse con su voluntad.

Hé ahí cómo se consigue en este mundo, en cuanto es posible, la felicidad. El *pan*, con el trabajo y la arreglada vida. La *paz*, con la virtud y la resignacion.

C. M. P.

ADVERTENCIA. La persona encargada de acusar el recibo de las limosnas se halla enferma, por lo cual no ha podido hacerlo en los anteriores números ni el presente.